

partida el virey para España. Esto de ir á España y la fama de la abundancia, y el volver á mi natural de la cocina, fácilmente dieron conmigo en ella. Vi que no me había mentido, y que aun la presencia venia la fama. El cocinero quería gente que le siguiese, porque los otros de la cocina, que eran de Nápoles, no querían salir de allí. En viéndome, me dijo: «pues, galán, ¿pensais ser de durada, ó ave de rapaña?» Díjele que por mi servicio veria que ganaría el crédito, y que mi deseo era pasar en España, en donde había platicado el oficio. Luego se echó

## LIBRO SEGUNDO.

### CAPITULO PRIMERO.

De lo que pasó Guzmán en el viaje á España siguiendo la cocina del virey.

Volví á mi centro como el pece al agua, que con la buena condicion de mi amo me parecia que había hallado lo que buscaba: bien comido y poco cuidado; había muchos que ayudaban; yo era como vicecocinero, que como me hallaron hábil, fuí dado por tiniente de maestro de capilla. Los otros entendían en la ejecucion de manos, de limpiar instrumentos, y aderezar y prevenir recados, tener asadores, espumar ollas; yo solo entendía en componer los guisados, pedir recado, darle su sazón, y entretenellos para la comida; y si se pasaban y se alargaba la comida ó cena, poner luego otros de nuevo, y hacerles volar con toda diligencia con el refrán que lumbré hace cocina, y tal vez se hacían dos y tres veces, señaladamente de noche, que se cenaba muy tarde. Mi amo, viéndome tan pródigo y entendido en el arte, me apreciaba mas que á su hijo; regalábame mucho, y lo que es peor, me permitía cualquier vicio de jugar. Procuraba yo no hacer faltas, por los daños que dellas se me habían seguido, y porque estando la cocina á mi cargo, el pundonor me hacia ir sobre mí; mas el rato que podía hurtar, el agua volvía á su corriente: ya tenía mis feligreses, que me pedían cuenta de mis blanquillas: en teniendo yo cuatro reales, no les dieran ellos por tres y medio; con tal seguridad disponían dellos.

Mi ama era de nación tudésca, y de ordinario estaba con la carga delantera, los ojos le centelleaban como las estrellas del cielo, que solo en esto parecían estrellas, que por lo demás mejor se podían comparar á la luna en el día del juicio, que se ha de cobrir de sangre: tenía los engastes como una escarlata, y aunque era muy blanca, el vicio de la invencion de Noé la tenía con algunas rosillas por la cara, especialmente en la nariz, que no perdieran nada sus labios de parecelle; no era mal acondicionada, sino cuando faltaba el vino, que á mi ver estaba mas en el caso cuando tenía mas cantidad en el cuerpo; y en acabándose de gastar andaban las pendencias, que parecia que entonces salía del caso cuando debiera entrar en él. Mi amo no echaba de ver el vicio, porque pudiera ser inventor del licor de cepa, si hasta su tiempo no le hubiera habido; hacía lindos versos de poesía, y no había salta-en-banco ni charlatán que mejor sacase una mancha de un jarro; y como entrambos eran cofrades de Baco, de ordinario tenían la del velo negro bien proveída y mejor visitada; casi siempre las tomaba mi amo risueñas y de placer, y había cuentos de reyes. Era mi amo de nación portugués, y había topado con uno de su patria, y traídole á casa; dióle bien de comer, pues lo tenía á poca costa, hablaron largo de cosas de Portugal en la comida, alabándolas, que decían era el paraíso terrenal, y con el

de ver en la destreza con que acudí á los guisados, miralles el punto, y llevalles adelante en su sazón, ir previniendo cosas para la noche, aderezar el herraje, y ofrecerme á ir á vender los despojos y provechos de la cocina, menudillos de aves y las pérdidas en el asador, y lo demás que tan bien ó mejor sabia yo que el cocinero. Holgóse de verme tan plático y diligente, y en pocos dias vino á poner á mi cargo casi todo el peso y cuidado de la cocina, que le parecia que podia gobernar su vicaría y sustitucion.

alegría brindaron largo. El huésped tenía harto buena cabeza, y fué mas á tienta; pero mi amo y su mujer templaron tan á los viejos, que cada uno tenía cincuenta y cinco de mano, segun envidaba con salvoconducto. Salíotes esta vez á la mujer pendenciera y á mi amo resueña como solia; empezó ella diciendo que no había tierra como Nápoles, y que en ella tenía su madre, y no determinaba salir de allí, que había sido engañada; pues no había seis meses que se había casado con ella con presupuesto que habían de vivir allí, ó irse á Flandes, y que agora la quería llevar á España; que por vida de su madre que no la llevaría viva. El otro de cuando en cuando desparaba en reír, y decía: «calla, borracha»; ella levantaba mas voces.

El huésped, atónito de la pendencia de zumo de cepas, y á deshora entró el maestresala á pedir la comida, que era cerca la una, á la cuenta de España, y á la de Nápoles las diez y nueve, porque al anochecer tocan las veinte y cuatro. Mi ama proseguía sus quejas, y le quería hacer juez: el maestresala se enojaba, que á aquella hora no diesen luego la comida; y cuanto menos la quería oír, mas se embravecía ella: de manera, que mi amo cansado de respondelle sin fruto, quiso probar si había mas virtud en otras cosas que en sus palabras. Levantó un plato y estrellóselo en la cabeza: viérades dos fuentes, una de vino por la boca y otra de sangre por la cabeza, que se venían á juntar y hacer una mezcla de aloque, que á la verdad todo debía ser vino, segun se le había subido tan alto; y con todo, se levantó como una leona, y arrebató de un asador, que éramos todos menester para tenella, y yo que me quise señalar mas, quedé bien envinado y ensangrentado, y con unas estocadas de resuellos que mataran á un toro. No fué menester poco para reportalla, que no había orden de ponella en razón, ni quería dejarse curar. Era muy tarde, y no había remedio con ella, hasta que di yo una buena traza, que hiciesen venir un cirujano flamenco que estaba cerca, y que él la pondría en talle hablando en su lengua. Con este artificio fué curada y puesta en la cama, y al otro día salió muy reconocida y con alguna vergüenza de lo pasado, no de que hubiese estado menos concertada, sino de que su marido le había descabrado, que la borrachera no la tenía por afrenta, á fuer de su nación. Mejor lo miramos los españoles, que tenemos por muy infames los borrachos.

Grandes son los inconvenientes deste vicio vinático, y no es el menor que descubre al hombre torpemente, como se vió en aquel viejo, segundo renovador del mundo y primero inventor de tal jarabe. Otros muchos daños acarrea á la vida del hombre; pues aquí tienen principio las enemistades, las injusticias, las imprudencias, las osadías temerarias, las heridas, las muertes, las deshonestidades, y todo aquello que hace diferencia de un hombre sano y cuerdo á otro que está loco y tomado de

frenesi. Creo que por esta causa atribuían los antiguos al dios Baco, abogado de la embriaguez, la insignia del tirso, y otros una lanza cubierta de hojas, denotando la fuerza y desafueros del vino, encubiertos con el gusto y sabor de la bebida; y aunque el beber demasiado se tiene por afrentoso en una nación tan política como la española, no faltan muchos que se desmandan, y podrian aprovecharse de la esperiencia de los daños que he dicho. Y aun, si miras lo que dijo Platon en sus diálogos, fué opinión de muchos que el vino se dió á los hombres para venganza dellos, pues bebiendo salen de sí, lo que es maravilloso género de castigo. Las malas condiciones deste licor conocemos por sus efectos: priva de la vista, mata la voz, quita el oído, roba el color, hinche los ojos de llagas, hace temblar las manos, y no se aprovecha de los piés; los sueños del amigo de Baco son furiosos, su lujuria increíble, su aliento pestilencial, y caeles un olvido mortal de todas las cosas. Desta gente perdida conocí yo muchos, y aun los tuve por camaradas, que ya tenían el vino por cosa sin gusto ni efecto, como tenían quemado el gznate, y no le sentían; y así daban en el aguardiente, con que se quemaban los higados; pues vuelvan la hoja lo que está agora introducido el beberle por la mañana, y lo que cargan dél, que con el vicio han llegado algunos á consumir en esto razonables haciendas y patrimonios. Cuán lejos están estos segundos de beber agua sola, y cuán panaristas son en la opinión de no querella oír nombrar; pues aunque soy pícaro y de poca inteligencia, bien se me asentó siempre no tocarme de tal bebida, y jamás curé desto; siempre fui aguado, que es ahorro de bolsa; y dicen que el agua hace buenos ojos, y lo había menester de lince: consideraba que Dios crió el hombre en aquel principio con todo lo que era menester para la conservación del individuo, y si el agua no fuera muy acomodada á su salud, habiéndola de usar tanto, otra mayor bebida le ordenara. Con agua se mantuvieron los hombres en aquella primera niñez del mundo, como cosa tan proporcionada á su natural; del agua gozaron muchos años los que les siguieron, y el agua tiene por muy necesaria para su sustento grande parte de los que agora viven; pues si en algun tiempo falta el pan, súplesse con otras mil cosas; si el fuego les faltase quedaban otros muchos manjares que no tienen necesidad de su beneficio; pero si faltase el agua, ni el hombre ni otro animal podría vivir, porque no hay en la dispensa de la naturaleza cosa que le sea equivalente. Otra consideracion hacia yo, que aunque otros la hayan hecho no perderá de su quilate porque haya tenido muchos auctores. Que el plantar viñas no fué hasta que por el castigo de la malicia humana se anegó la tierra por el diluvio; que debieron enfadarse tanto con el agua, que buscaron otra bebida por no ver la que sirvió de verdugo: probaron el vino á costa de su autor Noé y del desdichado Cam, su hijo, que fué el primer esclavo del mundo; que el vino fué ocasión para perder tan preciosa joya como es la libertad. Muchos dicen que este patriarca no tuvo culpa en la invencion del vino, por no saber la fuerza de la planta; pero lloró el hijo de la pena, y padecióla toda su vida. Con esta invencion no hubo hombre que no perdiese el cariño del agua; mas yo eso tuve bueno siempre, que no hué menester curiosidad en la botillería del vino, porque no le bebia, con que me ahorraba de muchos disgustos que con la variedad de los vinos es forzoso se recibían. Dicen los buenos mosquitos, ó que los vinos son fuertes y se suben á la cabeza, y lo mas ordinario que pecan de flojos y no abrigán el estómago; ó que son ácidos y mordiscan el gusto, ó que son dulces y dan hastío, ó que son revueltos y destruyen el pecho, ó que son simples y no tienen sabor, ó adobados y gastan la vida; de manera, que cuanto mas blandos menos entran de provecho, y con todas estas tachas no le aborrecen; antes el apasionado cuanto mas mal dice dél,

mas le bebe, y cuanto mas le bebe, mas empobrece, y cuanto mas pobre, mas loco, y cuanto mas loco, mas le desea beber; y al cabo se viene á cumplir lo que dicen algunos autores, que el mucho vino no alegra, sino que vuelve los hombres mas tristes y melancólicos que si no le bebieran.

Mucho me he alargado en esto, mas como es cosa tan ordinaria y que calienta las lenguas, calentó la mia, y como el vino es grande maestro de hacer hablar, no es mucho que me alargue en él que la imaginación ha hecho caso. Vuelvo pues á mi ama, que jamás dejaba de tener mas bien proveído el estómago que el jarro, con que por maravilla se viera vacío, y se encontraban unas monas con otras asidas por las espaldas y ensartadas por las colas, porque era un perpetuo asomo, y sin dilucidos intervalos. Era mi amo algo remiso, enemigo del trabajo, de suerte que todo colgaba de mí, y como lo manejaba, pegábaseme como miel; no sé qué liga tuve siempre en mis manos, que tiraba como piedra imán, y de todo daba cuenta al juego, que me la pedía muy estrecha. En todo había echado mis derechos, como si fueran alcabalas de puertos secos; hasta del recaudo que pedía y se me daba apartaba su parte diezmandolo con su primicia, del despojo de aves y demás provechos de cocina, mis manos por candil. No se vendía nada que no fuese por mi orden, yo lo entregaba y recibía la cuenta: cobraba mis derechos y daba lo demás á mi amo, que aun le parecia que había aumentado los provechos; dejar yo de tomar ó poco ó mucho era imposible, que se me había convertido en naturaleza, y lo que en la leche se mama, en la mortaja sale, y con lo que al principio se impone, se pasa toda la vida.

### CAPITULO II.

En que prosigue Guzmán de Alfarache en el asiento con el cocinero, y dice muchas cosas morales del mismo oficio.

¶ No pienses que el oficio de cocinero no tiene sus inconvenientes, pues has visto sus provechos; que si los guisados satisfacen al amo, muchas veces no dan gusto á la dueña, y aunque ellos estén contentos, se queja el mayordomo y maestre-sala, y todos los de la casa tienen voto y muchas veces son contrarios; porque al uno parece salado, al otro dulce, al uno cargado de especias, al otro que no tiene las que ha menester, al uno que pasa del punto, al otro que está crudo, y muchas veces no les entendedis, ni sabeis de qué se quejan, ni aun ellos mismos lo saben; porque hay unas gentes tan melindrosas y cojijosas en el comer, que de todo se quejan, sin haber mas causa para ello que una mala costumbre de no se contentar jamás con cosa que les sirvan; de manera, que siempre traen consigo una acedia agria y tan aguda, que no hay cocido, asado ni guisado ó compuesto, como quisieredes, que venga al sabor de su paladar.

¶ No le parecen al emperador Julio César, del cual se refiere que se había tan indiferentemente en los guisados, como si no fuera él el que comía; tanto, que estando cierta vez en una posada, sirviéndole el huésped por yerro un poco de aceite adobado como unguento, en lugar de puro y simple, no pudiendo los demás sufrir el mal olor y sabor de la salsa, él solo disimuló el descuido, como si no pasara por él. Mostraba bien lo que debe hacer un príncipe, que no se ha de abatir indignamente á dar á entender, que lo que se le pone delante está bien ó mal guisado; pues alabar lo bueno no conviene á su autoridad, y quejarse de lo malo, desdice de la grandeza que profesan los pechos generosos. El sabio rey don Alonso, que hizo las Partidas, hasta en el comer puso regla y forma de la manera que se habían de criar los hijos de los reyes; y acuérdomé que vi en la ley quinta, título séptimo de la Partida segunda, que su estilo antiguo decía: «Sa-

«bros y hobo que fallaron de cómo los ayos debían criar a los hijos de los reyes, y mostraron muchas razones por que los deben acostumbrar á comer, é á beber, bien é apuestamente. Dijeron que les deben facer comer, no metiendo en la boca otro bocado fasta que ende podría hubiesen comido; ca sin la desapostura que ende podría venir, ha tan gran daño, que se afogaría á so hora. E no les deben consentir que tomen el bocado con todos los cinco dedos de la mano, porque no les fagan grandes.» E otro sí, que no coman feamente con toda la boca, mas con la una parte, ca mostrarse hian en ello por glotonos, que es manera de bestias mas que de homes.» †

† No quiero yo saltar de golpe de los tizonos de la cocina á la educacion de los reyes, que sería el picaro de cocina usurpar el oficio mas importante de la casa real; que bien he leído que el emperador Antonino Pio envió á Calcedonia ó Calcide, ciudad de Grecia, por el filósofo Apolonio, para entregarle su nieto Marco Antonio, teniendo por dichoso el trabajo que se tomaba para dar maestro y ayo á un emperador. De donde se saca la importancia deste oficio, y que ha de haber grandes partes y prendas para responder á la gran esperanza que el mundo concibe, y cumplir con la obligacion que el oficio trae, y los reyes de nuevo le ponen, fiándole crianza tan grave, grande y persona que tanto importa. Pero en esta materia de comidas y guisados no tiene mal voto el cocinero, que siempre anda con la oreja aterrada para ver qué tales parecen; pues el parecer bien es el fin del oficio, y no se puede decir que habla como clérigo en armas, y cree que lo que parece de grande gusto, que es el catar primero los manjares, lleva su carga, con que se compensa muy bien por los remoquetes de maestresala, que para el cocinero no se inventó peor oficio. Dicen que una de las cosas porque se introdujo en las casas de los reyes y señores (del cual hallamos noticia en Suetonio, Quinto Curcio y Plinio), fué porque, gustando primero de los manjares, se asegurase la vida y salud de los príncipes; y aunque respeto del cocinero gusta en segundo lugar, no queda segundo en reprehender, que siempre anda de punta y rostrueto con el cocinero, y es necesario conservalle, y para nosotros él es el dueño inmediato, que por su relacion vivimos. Mas todo esto cogia de lleno á mi amo el cocinero, que á mi con él ó con el sucesor igualmente me hallara; es verdad que hay diferencia entre los deste oficio, de la manera que en los demás, porque unos son mas hábiles, mas renirados, limpios, curiosos y provechosos; y otros descuidados, sucios y desperdiciados. †

† Era mi amo de medio talle y algo cerca de limpio, pero no le faltaba nada para tener descuido, pues remitía sobre mi todo el cuidado; y como yo no era el principal, no se me daba mucho de lo que podia decir el maestresala, porque iba poco en el borron de mi plaza; con todo, me tenia por mas dichoso que los otros criados de casa, mas autorizados y engraidos, muy engorjetados y compuestos, porque les via servir de rodillas á sus amos: cosa que siempre tuve por abominable y desatinada costumbre; y hase venido á estender tanto, consintiéndose hablar de rodillas á sus criados, que poco á poco vendrán á mandalles que se den golpe en los pechos. Es verdad que á los hombres eminentes y puestos en dignidad se les debe acatamiento y reverencia, como lo dice el apóstol san Pedro en su primera canónica; pero no aquella que los fieles acostumbran dar á Dios, que es hablalle de rodillas; que el ángel del cielo no lo consintió á san Juan, como él cuenta en el libro de sus revelaciones, cuando queriéndole adorar, le dijo que no le adorase, que la adoracion á solo Dios se debía, y bastaba ser ceremonia instituida y mandada de la Iglesia católica á los sacerdotes que, estando celebrando, hinquen las rodillas en el suelo, reconociendo por aquella humillacion la alteza del sacratísimo misterio que tienen entre manos, para que los hom-

bres no consintiesen que otros como ellos se hincasen de rodillas delante sus ojos.

Yo, en mi oficio de cocina, gozaba toda libertad, porque las habia aun con mis inferiores (si yo podia tener inferior). Esta libertad en que se me habia criado estimaba en mas que todas las privanzas de que les via competir, y las pasiones y ambiciones en que les via atolados. No habia olla ni guisado que me negase su flor, ni quedaba ninguna mañana en ayunas; porque todo lo que yo llevaba entre manos me prestaba el almuerzo; y aunque yo fuera ballena, en tanta abundancia no hiciera señal. De mi amo tuve pocas reprehensiones, porque él conocía que yo se las pudiera dar; pues casi á la vejez estaba tan verde en materia de mujeres, como el puerto que es blanco en la raiz y verde en lo que se ve, de quien dice Dioscórides que es provocativo de lujuria. No le sabia yo sus amores, aunque los sospechaba, por las faltas que hacia, y algunas quejas de mi ama, aunque pocas; que á trueque de tener sin celos el vino, no le fatigaban los del marido, hasta que él, con la confianza que de mi tenia, se me descubrió, pidiéndome consejo y favor, y que fuese con recaudo á su Melisenda. Hème aqui ya con dos oficios, todos de guisar, y alguno desaguisado, y hecho tercero ó alcabuete.

No sabia mi paciente cuán mal hacia yo el oficio, pues para mí siempre me salió fallado; tomé las señas, y lo que habia de llevar á la señora, que por ir mas lijero fui con los piés en las manos, bien proveido de aves, pollos y palominos, y no mal recibido. Era la buena hembra fea como la maldicion; debia de ser de casta de arpias, flaca y mal garbada, pero tal para cual; vi entonces lo que se dice comunmente: quien feo ama, hermoso le parece, y que cada ollita halla su cobertera. No me pareció que era tan zahareña como mi amo me habia significado, y él debia ser poco atrevido y vergonzoso. No sabia de qué me maravillase: ó de que ella le admitiese, siendo mi cocinero tan poco galán, mugriento, sucio y manchado, ó que él se acordase della, siendo una Laquesis ó Tropos, ó Meguera. Muchas preguntas me hizo, que sin duda se alicionó de mí; mas yo no diera por ella un comino. Concerté que fuese mi amo aquella noche, y á lo que parece él llegó al fin de sus deseos, como si se viera con una reina, según á la mañana vino de contento, que no cabia en el mundo. Hizome luego un calzon y ropilla de paño pebre, por la privanza, y contóme de la manera que habian sido sus amores, diciendo, que la buena mujer un tiempo habia vivido por aquellos barrios tan cerca de casa, que de dentro della se via ella en la suya, y que con la frecuencia de la vista se fué el negocio atizando y encendiendo, hasta que un día pudo hablalla y significalle su pasión, aunque la halló muy rigurosa; pero después le habia hallado el rostro mas franco, alegre y risueño, que debió de pasar lo que de ordinario se dice; díselo tú una vez, que el diablo se lo dirá ciento: tanto labra una palabra desta materia, aunque se arroje de presto sin pensarla y á hurtadillas, que ni deja sosegar de día, ni reposar de noche; persiguen á solas y en compañía; punzan en poblado y en despoblado, y aun en los lugares y casas mas santas el diablo la entremete; nunca faltan al diablo procuradores que hagan sus partes, y terceros que procuren sus granjeos; y por no haber tenido medio hasta entonces para envielle mi recaudo, no habia efectuado su deseo. De allí adelante le envié muchos conmigo, y no habia quien le sacase de allí muerto ni vivo; allí se le iba todo el ahorro ó provechos de la cocina, y aun se echaban tributos nuevos, que yo era gran maestro de invenciones. Y la buena mujer, que antes apenas comia carnero, y lo tenia por regalo de pascua, via su casa llena de todo género de pluma y aves de todas especies; no valían con ella cumplimientos de palabras, porque era muy astuta sobre vieja, que ya pasaba de cuarenta años. Guiábase este amarte-

lado cocinero por el consejo de Plauto; que el que ama ha de ser franco de manos, que sin esta liga no se cogen pájaros. De aqui es que no hay hacienda tan gruesa, ni tesoro tan grande, ni mina tan caudalosa que la lujuria no gaste en poco tiempo. En el reino del amor, advierte Ovidio, en su arte, que siempre son los siglos de oro, porque siempre ha de estar dando el amante; y si esto falta, en la capa sin pelo poco se detiene el agua. Grande ignorancia es la de los enamorados: ¿qué buey trabaja, que después no roza la haz? ¿Qué mulo trajina cebada, á quien no quepa después su parte? ¿Qué pobre mendiga por las puertas, que después no coma el pan que le ha costado su vergüenza? Pero estos desventurados que, como los que se ahogan en el rio, asen de aqui y de alli, y aunque sea una cañaheja ó espadaña, la agarran, pensando que les ha de valer la vida, y que alli ha de tener el fin y cumplimiento de sus deseos, gastan lo mejor de sus años paciendome contento con los sentidos; y cuando se sueñan estar mas ricos, todo se les vuelve en carbon, como tesoro de tragos. Es grande engaño pensar que la mujer quiere al hombre de balde; no le hace favor ni muestra caricias, sino por chuparle y desangrarle, y pan comido, compañía deshecha. Bebido el aceite, como lechuzas, dejan la lámpara muerta, y al hombre á oscuras, soplándose las manos: mas no quiero cansarme en esto, que es nombrar la sogá en casa del ahorcado; y cuando me acuerdo dello, no puedo dejar de sentir pena de mis malos sucesos: basta que le chupó muy bien á mi cocinero la hambre de la buena redomada. Y cuando hubimos de salir de Nápoles; ella mostró grande sentimiento, y él mayor y con mas razon, porque caía en la cuenta de lo que habia perdido sin provecho: hubo sus lágrimas, con que sacó otro repelón; y contar por estenso la despedida y dismayos, sería negocio largo; basta que se pudiera hacer un buen entremés de farsa; y á la verdad, como yo veia claramente la ficcion, con esos ojos lo miraba, ya que el bueno de mi amo con la pasion no podia.

## CAPITULO III.

De cómo el virey salió de Nápoles y fué á Roma, y Guzmán sigue su cocina, y cuenta el viaje, y cómo topó con el pobre jurisperito.

Llegó al fin el día de la partida, que no hay cosa que no tenga su día; partieron la recámara y caballos la vuelta de Roma; cúpome á mi el seguir mi cocina, adelantábame con ella, y tenia aparejada la comida y cena. Donde quiera que llegaba, ponía con mucha destreza mis aparejos: no sentia poco ver que no podiamos valernos por el camino de nuestros provechos, porque no habia quien los comprase, ni eran cosas que se podian conservar. Hacíame de mal ver la perdicion de mis alcabalas, aunque estaban tan sobradas las cosas de comer, y era mayor la perdicion de lo que alli se gastaba; pero no lo lloraba yo sino en enanto á mi tocaba. Antes de llegar á Roma, se supo que el pontífice (á quien el conde de Miranda iba á besar el pié, y despedirse para su viaje de España) estaba en una casa de placer cerca de Roma. Llegamos á ella, y luego empezé yo á sacar á plaza por medio de mis aliados de la cocina lo que habia que vender. Despachábase muy bien, y como sol represado, que tiene mas fuerza, saqué mayores ganancias: llevaba mi viaje viento en popa, pues tenia todo lo que yo queria, mas no osé hacer pavonadas, porque no diesen conmigo por el hurto que habia hecho al mayordomo del embajador, que quedaba muy hostigado de la cárcel.

Hizo el conde su obligacion, y fué muy favorecido del papa y muy regalado; y dentro en pocos dias se embarcó para España. Tuvimos muy buen viaje, aunque no para todos, porque dos galeras se hundieron en el golfo de Rosas, y en ellos muchas damas y otra gente, de que se hizo mucho sentimiento; y en particular lo sintió el conde, que es un príncipe cristianísimo y muy piadoso y de

gran caridad, y que ama mucho sus criados con una condicion y afecto paternal; y si fuera factible, con mas veras y afecto hubiera hecho lo que hizo el marqués Francisco Pizarro en la conquista del Perú, que pasando el rio que llaman de la Barranca, arrebatándole la corriente un indio criado suyo, el marqués se echó á nado tras él, y cogiéndole por los cabellos, le sacó en salvo, y siendo avisado y reprehendido comedidamente por algunos capitanes, diciéndole aquello de Augusto César: «ninguna cosa es mas reprehendida en un general que la temeridad», y que así no debiera poner en tanto riesgo su persona y mas en caso tan liviano como salvar la vida de un indio. Respondió con palabras dignas de su pecho: «añad, que no sabeis qué cosa es querer bien un criado.»

Llegamos pues á nuestra madre España, desembarcando en Barcelona, cuya arena besé muchas veces, haciendo, gracias á Dios nuestro señor, que habia vuelto á ella, y escapado del peligro del mar. Habia oido muchas veces en la galera encomendarse muchos á nuestra señora de Monserrate, y habíame informado que era muy cerca de Barcelona: parecióme que no era ocasion de perder, y mas siendo yo naturalmente tan amigo de ver. Díjele á mi amo si habia lugar que yo pasase por Monserrate, que no haria falta cuatro dias en la cocina, y como yo era sus piés y manos no quiso darme licencia, antes me dijo, que si allá iba que no tenia para qué volver, que no me recibiría; pero yo, que en ponerme mas dificultades mas gana se me acrecentaba, me determiné de satisfacer mis ojos y seguir mi gusto; pues estando en España no me faltaria otro asiento. Subi la montaña de Nuestra Señora de Monserrate (cosa por cierto milagrosa y digna de ver), en donde vi maravillas y infinidad de gentes que cada día acudian á la fama, y por sus devociones, votos y promesas, la gran caridad con que son hospedados y proveidos. No quisiera dejar de ver esto por toda mi cocina y cocinero: tenia yo mis reales ahorrados: que fui guardando desde Roma con intento de vestirme en España, y pasar adelante mi profesion de letras, porque tenia muchas inspiraciones de que siguiese el estado eclesiástico; y con esta confianza me estuve en Monserrate mas de lo que pensaba.

Añadióse, que hallé alli al buen micer Morcon, el archibribon que conocí en Roma, el cual acompañado de otros dos de su secta y modo de vivir, se andaba por el mundo, que jamás le faltaba que comer ni le sobraba que beber: venia en la misma forma que yo le conocí en Roma, sucio y mugriento, y los otros dos con sus invenciones de llagas y brazos contrechos y envendados, pudiendo vender salud. Hacian grande granjeria en la gente devota que acudia á visitar aquella santa casa, fuera de tener su comida segura en la portería della, adonde se da muy buen recaudo á los pobres. No me conocí, por lo que yo venia disfrazado y en hábito diferente, sano y gordo, sucio y ahumado, y la camisa como rodilla de limpiar platos: yo me le di á conocer, haciéndole memoria de lo pasado. Holgóse mucho con una gravedad moderada, que sabia muy bien hacerse respetar. Pusimónos aparte los cuatro, y el buen Morcon les contó lo que habiamos pasado en Roma, y cómo yo habia empezado á volar por su mano: quise saber de dónde venia, y qué tal le habia parecido el trato de España, y cómo se hallaba la granjeria, dijonos:

«Vosotros aun tenéis la leche en los labios: yo donde quiera hallo lo que he menester, porque de un peñasco sacaré comida. Ni en Italia, ni en España, ni en parte del mundo, no se puede dar regla cierta que concluya; porque la diferencia de gentes, de tiempos y ocasiones, el modo del pedir, y del que lo pide hacen en esto grandes altos y bajos. Por excelencia he tenido siempre que no hay casa tan pobre, de la cual no se saque algo con buen término, ni casa tan rica que no os echen en horramala,

si no andais muy atento. Todo esto se alcanza con la experiencia, que es madre de todo; y no hay cosa que mas necesite de experiencia que este nuestro arte; que aunque parece muy fácil de aprender y ejercitar, es de muy grande primor y artificio; que si ponemos el pensamiento en los antiguos que le profesaron, verás, Guzmán, que fueron hombres de grande propósito y dignos que sean nuestros predecesores, y aun muy celebrados de grandes ingenios. Y no es de maravillar; porque la vida filosófica que profesamos de vivir sin propios, es una invención muy sutil, y quizá lo mas perfecto desta vida, y aun sin quizá; pues Cristo nuestro señor y sus apóstoles lo profesaron, aunque con diferente modo: que nosotros somos toda imperfección, y llevamos otro fin. Pero si fuese el que se debe, no hay cosa mas excelente como es la vida pobre, y puesta en la confianza y providencia de Dios, el cual se acuerda de todos y provee aun á los mas pequeños animales, y al lirio del campo viste de maravillosa verdura, oye los clamores de las viudas, de los huérfanos y niños, y socorre por vias nunca pensadas; porque se vea que no basta desconfianza de unos ni malicia de otros á esconder la rueda del carruaje, que es el pan con que se sustentan los pobres; y esto parece todos los dias del mundo; que si quisiese un rey mantener á su costa ocho dias una ciudad, allende que parece que no le bastaria la renta, creo que agotaria todo el mantenimiento de los lugares comarcanos, y la providencia de Dios es tan grande que mantiene las ciudades con unas pocas tiendas de pan, vino y carne, frutas y hortaliza, y todos compran y dejan las tiendas llenas, y no se echa menos lo que cada uno lleva para cumplir con su casa. Y no penseis vosotros (dijo micer Morcon, prosiguiendo su plática) que antiguamente se pedia con poca energia, y no procuraban los profesores desta filosofia moral que el modo de la peticion indujese y persuadiese á dar; que del grande Diógenes cínico, caudillo nuestro, se cuenta que pedia diciendo: «si no habeis dado aun, empezad por mí, y si habeis dado á otro dadme á mí también.» Es verdad que hoy está puesto en grande pulcra, y que por estar tan encargada la caridad en el santo Evangelio, todos oyen con gran atencion la voz del pobre, y está muy acreditada y encomendada, y no solamente por los pulpitos; pero cada uno dice y reconoce que hace mas el pobre en pedir, que el rico en dar. En Italia estaba todo muy perdido, y con mi buena industria se reformó con las leyes que yo hice promulgar, las cuales siempre se han guardado. En España se habia llegado á lo mas primo del arte; pero de poco tiempo acá, segun me he agora informado destos que vienen conmigo y aun lo he visto con mis propios ojos en Madrid, Toledo y otras partes por donde he andado, estamos muy perseguidos los que pedimos teniendo salud, ó fingimos alguna enfermedad, llagas ó males de gota, que es lo ordinario; y porque veas lo que pasa, Guzmán, y no te atrevas á hacer alguna invencion que cueste cara, mira lo que le pasó al uno destos, que agora lo contará otra vez, que á él mismo le sucedió en Madrid poco ha.»

Tomó el otro la mano para contallo y dijo: «Muchos dias habia que ganábamos muy bien nuestra vida en Madrid con un artificio nunca oido: que un compañero que yo tenia fingia que se moria, y que en efecto acababa la vida, y pintábalo tan al natural, que no hubiera médico que no se engañara; yo en cerrando él los ojos empezaba á coger para misas á aquel difunto, y para tomalle una bula con que juntaba mucho dinero. Pero un dia nos sucedió, que estando cerca de Nuestra Señora de Loreto, en aquella corte, estaba mi compañero en lo fino de aquella invencion, tendido en el suelo con grande apariencia de bascas, y que se moria: cargaba mucha gente á verle, unos le daban un bizcocho mojado en vino, otros acudian con conservas y presas ó cordiales, y otros le ayudaban á bien

morir con palabras devotas; habíale traído una bula de limosna para absolvelle por ella, y cuando no se catan, él se vino á traspillar y boqueaba de manera que todos entendieron que habia espirado. Empezaron los presentes á decir: «ya murió, Dios le perdone;» teniéndole una candela encendida en la mano. Llegó un médico y tomóle el pulso, por ver si habia espirado, y hallóle muy concertado, igual y grande. Quedóse espantado de ver tal novedad, porque estaba traspillado, y como si de veras estuviera muerto, deteniendo el resuello para mejor fingirlo, de que pudiera quedar burlado muriéndose verdaderamente. Mas á este tiempo llega un hermano del hospital de Anton Martin, y como vió tanta gente se metió entre ella, reconociendo al que decian que estaba muerto, que ya le sabia sus mañas; y apartando la gente, se llegó á él y le dió una puñada, y tirándole del brazo para levantarle le dijo: «¿tantas veces os habeis muerto, embustero? Ya sé yo vuestros embelecios; ¿pensais engañarnos como otras veces?» y dábale de cordonazos. El empezó á decir á voces: «no quiero levantarme.» Yo que vi que estaba descubierta el artificio, con el dinero que tenia cogido para misas, tomé una calle en tres piés, y él también picó lo que pudo; después oí contar el cuento en algunas partes, donde se acriminaba nuestro negocio, y no consideraban ni echaban de ver que está el mundo de manera, y las entrañas tan de bronce para con los pobres, que es menester que nos valgamos y ayudemos de mil maneras de invenciones, que nos enseña la maestra dellas, que es la necesidad, para sacar lumbre y agua de pedernales tan duros.»

A esto acudió micer Morcon interponiendo su autoridad, y dijo: que, «antes bien el afeitar la manera de pedir y subirla sobrado de punto, haciendo grandes encarecimientos, suele dañar muchas veces. Porque sentimos un pobre que anda dando voces y gritos por la calle representando grandísimo dolor y necesidad; ponémosle á la ventana, y vémosle de buen color, y que en su manera es imposible que sea tanto el mal como él le encarece; nos retiramos de dar limosna, imaginando que todo es fingido y que tiene sobrada salud; y si el tal pidiese con acento moderado muchos le dieran limosna y no se enfadarán de sus lástimas. Ni es bien hacer encarecimientos de charlatanes y predicar en tono por la calle, de la manera que hacen algunos, fingiendo mal de gota coral, y yendo casi desnudos y en cueros con un mal andrajo por capa diciendo: «dadme, » ennoblecidos cristianos y devotos de aquella serenísima » Reina de los ángeles, y este pobrete lastimado y castigado » de la poderosísima mano del Criador, que me veo y me » deseo, y ni lo puedo ganar ni trabajar; que el Verbo eterno » se apiade de vuestras mercedes y de sus cosas, y les guarde » de tan grandes males y enfermedades; miren la lástima » y pobreza del afligido y desventurado mortal que se ve » con tales trabajos; alabado y glorificado sea el Señor, y » loado sea su santísimo nombre.» Y tras esto, prosiguiendo la arenga que les dura dos horas, porque de esto se enfadan, viendo que trae las razones tan estudiadas y de la manera que en la retórica se ha de encubrir el arte, porque el descubrielle enfada mucho el auditorio: así en esto, adonde tiene mas fuerza, pues se procuran persuadir los oyentes que es la parte mas importante de la retórica, se ha de procurar que no se eche de ver arte ni afectacion, sino pocas palabras con sencillez, y que parezca ignorante el que pide, y no que entre manos se quiera graduar de catedrático y predicador. Estos advertimientos me han valido en muchas ocasiones, y en particular he usado cuando voy de camino de paso, en llegando al lugar preguntar qué gente de letras hay en él: á estos y al cura y vicario me voy á sus casas, y pregunto por ellos, y hago que les digan que está allí un licenciado que les quiere hablar; propóngoles una oracioncilla que tengo estudiada en latin, pidiendo mi limosna, como pobre estudiante que

va de paso á la universidad, y que profesó la facultad de leyes y cánones y que voy con grande necesidad. No hay ninguno que, en viendo mi presencia y el sosiego y humildad con que le propongo mi peticion, calificada con el lenguaje, que no me dé de un real arriba. Hecho esto, no dejo casa en donde no pida, usando de un término para los hombres, y de otro á las mujeres, y señaladamente viudas y casadas. A los hombres digo con voz baja y vergonzosa que den á un pobre licenciado que pasa á la universidad y le ha faltado el dinero. A las mujeres: «señora, por aquella Virgen que pasó sin dolor, que favorezca á este pobre ordenado para parir á sus estudios, que Dios nuestro señor le ampare sus hijos, y les vea bien logrados, y enseñados y con descanso.» Con estas peticiones, que parecen simples y sin doblez, junto con el donaire que les doy, saco siempre mucha limosna. Pero vamos, dijo, á la portería, que ya hacen señal para comer, y no es bien que perdamos la racion; y después de comer si quierdes, Guzmán, yo te daré algunos documentos que también servirán para mis compañeros y hablaremos de la vida pasada.

## CAPITULO IV.

En que prosigue Guzmán lo que pasó con micer Morcon, y dice muchas cosas de los mendigos sanos, y las invenciones de pedir limosna.

Acabada la sopa de la portería nos volvimos á un puesto donde frecuentaba mucho la gente, y adonde se solian poner micer Morcon y sus compañeros para coger limosna, y allí prosiguió su plática comenzada. Dijo pues, «que, para profesar la vida mendicativa, hallaba por su cuenta que era menester mucha paciencia y grande artificio; porque se oyen muchas reprehensiones, diciendo: «¿por que no trabajas, hermano, y no os poneis á oficio ó servís un amo? — ¿Por qué, vos, que advertís, buen hombre, no servís á Dios, que es dueño universal? ¿Quién os hace reformador de la república, que á todos nos llamó Dios á su viña, y el consejo de trabajar en ella á todos comprendió? Destos que dan consejos hay muchos, y algunos los dan con mayor rigor, que dicen: «no teneis vergüenza; ¿un mancebo como vos, de tales cuatro cuartos, iros por ahí como zángano de colmena comiendo el sudor ajeno? Mereciades que os diesen cien azotes y os echasen en una galera; y en verdad que si os vuelvo á ver os denunciaré al alcalde.» Mirad si con estos es menester paciencia; pues el novel en esta profesion, como poco curtido, muchas veces traba de palabras con el que le da el consejo, y no es cosa que conviene, porque luego se hace juez pesquisidor de vuestra vida; sino decir: «señor, bien muestra vuestra merced ser muy cristiano y caritativo; nuestro Señor le guarde de necesidad, que no tiene ley; yo procuro harto vivir de mi trabajo, y no hallo en que trabajar.» Con esto el otro se sosiega, y muchas veces os da limosna. En la Puerta del Sol de Madrid me contaron una noche algunos, que allí me hacian compañía, muchas cosas que han pasado en aquella corte, de estravagantes invenciones de pedir, con que algunos han hecho grandes ducados. Y porque vea Guzmán, si quiere seguir nuestra compañía, lo que podrá medrar con nosotros, cuéntanos, dijo al uno de aquellos, lo que ha pasado por tí después que saliste de Alcalá de Henares.»

Empezó pues su cuento el uno de aquellos que traía el un brazo envendado, como si fuera del contrechó, y dijo: «Yo me sali de Alcalá habrá dos años, cansado de estudiar gramática, y he buscado esta invencion y manera de vida, con la cual me hallo muy bien, porque nunca en ella me faltan cincuenta escudos que gastar y jugar, y estoy quitado de cuidados de honra y estudios; ando de tierra en tierra á mi gusto y sin cuidado, y hasta agora sé diez y siete maneras de pedir limosna, y sacarla aunque sea de un bronce: á unos llorando, á otros con exclamaciones y con diferentes tonos. La primer salida fué acia

Medina del Campo y Salamanca; éramos ocho de camarada, sin otras tantas amigas que lleváramos: uno se fingia mudo, otros dos ciegos, cantando sucesos y coplas con guitarras y morteruelo, otros dos como cautivos; y como yo me apañé á escribir bien, de cuando en cuando les hacia testimonios falsos, dando fes en ellos de diferentes milagros y sucesos de sus libertades, con que cogiamos mucho dinero. Juntábamonos de noche en la cocina del hospital á cenar y jugar hasta el amanecer. Dividíamonos, á las entradas de los lugares, de las hembras, quedando de acuerdo dónde nos habiamos de ver en anocheciendo. Dí después la vuelta acia Córdoba, donde hallé una buena mujer de mediana edad que me descubrió su modo de vivir, y supe su casa, y aun en ella comimos hartas veces, la cual era un milagro del arte; porque tenia dos casas, la una muy humilde y de pobre cama y ajuar, de la cual salia á pedir con vestidos muy viles, de manera que todos entendiesen que era sola aquella su casa, dando á entender grande necesidad; y otra con muy buenos aderezos, de la cual salia á pasear vestida de seda y muy en orden. Esta sacaba gran limosna de las casas principales, y con el dinero que juntaba trataba en sedas; tenia un grande corral de gallinas, las cuales mantenía con los mendrugos de pan que juntaba; y como siempre ganaba y no gastaba, vino á hacer mas de tres mil escudos de hacienda: tenia colgaduras, tapicería, plata, cama de campo de palmilla, y una rima de colchones y ropa de valor, tinajas de aceite, y su trigo y dineros en cantidad. Bien es verdad, que por mis ojos ví que la hicieron verdaderamente pobre; porque habiéndose entendido su trato, el corregidor Juan de Chaves Sotomayor y el doctor Santiago Cabeza de Vaca, su tiniente, repartieron la mayor parte de la hacienda en obras pias. — Como desas invenciones (dijo el otro) habemos visto. No ha muchos meses que estando acia la puerta de Guadalajara pidiendo de noche limosna, andaba también por allí pidiendo una harpada, y acertó á pasar un hermano del hospital general que se llama Olivera, y porque era muy tarde y hacia terrible frío, quiso acompañarla á su casa y recogella; y llegando con una linterna halló que era hombre, y sacó un cochillo para defender que no le reconociese. En Madrid no ha quedado cosa por experimentar: allí es el buscar niños y niñas alquiladas para fingir hijos pobres y sin madre ó padre, el dar tasa á los propios hijos para que acudan cada noche con real y medio ó dos reales, ó les dan su tunda de azotes, el torcer piés ó manos, ó pasalles un hierro ardiendo junto á los ojos para cegalles, para que desta manera queden con manera de vivir y renta de por vida.»

Bien pensábamos nosotros que la conversacion era muy secreta, porque la gente iba por allí de paso, y no podian atender á nuestra plática; mas, como dicen, las piedras y paredes tienen oídos. Habia (segun pareció) detrás de nosotros un ermitaño de una de las ermitas mas cercanas al monasterio de Monserrate, el cual secretamente se habia puesto tras un grande canto á que estábamos arriados, y habia entendido y escuchado toda la plática: salió á nosotros, y con palabras muy mesuradas nos dijo, que aquella casa era muy visitada de toda manera de gente, y de ordinario acudian pobres mendicantes, á los cuales él deseaba encaminar y darles algunos consejos, y que si no nos disgustáramos, nos haria una breve plática para que reparásemos en los inconvenientes que trae aquella vida á los que no son verdaderamente pobres. Sentóse en medio de nosotros; y aunque no tuvo el auditorio muy devoto, pero dijonos cosas muy buenas y de pecho verdaderamente cristiano y caritativo; y porque yo estaba como de los cabellos, y deseando que nos dejase el ermitaño, no comprendí toda la plática; mas acuérdome que entre otras cosas dijo lo siguiente:

«Aquel, hermanos, se llama legitimo pobre, que ni tiene

bienes de que mantenerse, ni salud ni fuerzas para ganarlo; de manera que no todos los que se fingen pobres lo son; porque aunque lo sean de bienes temporales, si tienen salud, edad y fuerzas para trabajar, no se deben llamar pobres, porque deben vivir por su industria y trabajo, no quitando la limosna y el pan á los demás pobres legítimos; y la pereza de trabajar es pecado grave, y es manifiesto hurto de la limosna querer que se aplique al que puede vivir de su trabajo. Muchas veces he visto que los que van por el mundo pidiendo estando sanos, jamás oyen misa á derechas ni reconocen superior: usan de demandas importunas, y con conocimientos fingidos, desquiciando las voces del natural, y envestidas en lástimas coloradas que estorban la intencion de los otros que oyen misa. Muchas veces por sola curiosidad de vida se andan de tierra en tierra, comiendo el pan de los pobres, tirando con frio y desnudez voluntaria las camisas y zapatos, que habian de ser de los vergonzantes verdaderamente desnudos. Y así esta vida en todas maneras es muy peligrosa, y los que la profesan deberían reparar en los grandes inconvenientes que trae consigo, porque con la grande ociosidad de vida, siendo viciosos, comiendo, bebiendo donde quiera que lo hallan, y faltando como les falta el uso de los sacramentos, con que se fortifican y perfeccionan las almas para no caer en pecados, y los demás ejercicios de cristianos devotos, están en notorio peligro de caer en muy grandes vicios, y en especial de sensualidad, estando los mas amancebados; y pluguiese á Dios, que no fuesen otros mas detestables, durmiendo por los portales y pajares y otras partes ocultas, y estando aparejados, por la desórden de vida que traen, á que la gente de mal vivir les persuada á cualquier feeza. Y no penseis (dijo), hermanos, que es pecado que se puede pasar por alto la codicia insaciable que tienen los que llevan esta vida, que no gastando casi nada juntan mucho dinero, y pienso que hay muy grande cantidad repartida entre ellos, como se ha visto muchas veces, que se han hallado muchos reales y ducados en la pobre ropa de muchos que mueren por los campos y calles, que parece que no tenían un maravedí, y verdaderamente se pueden llamar homicidas de sí mismos, de cuya salvacion con razon se puede tener sospecha; pues pudieran conservar mas su vida, si no hicieran las invenciones que hacen de desnudez, andando todo el dia y la noche desnudos, pudiendo y debiendo ir abrigados: que aunque les vistan personas caritativas movidas de la piedad á que les mueve la fingida desnudez, luego venden lo que les dan para juntar mas limosnas, y mover mas á la gente para que les den; y esto, demás del daño de la salud, es contra la honestidad, que en las ciudades políticas se habria de remediar este abuso, porque es cosa de grande vergüenza verlos entre mujeres principales y honestas en las iglesias y otras partes, de que se han avergonzado y quejado muchas; y con esta codicia insaciable se echan por los lodos y en el suelo á tiempo que hiela mucho, y al sol de verano en el lleno del calor, para quitar la limosna á los pobres enfermos y contrechos sin violencia ni invencion, y á los vergonzantes y encarcelados, hospitales y monasterios pobres, y ermitas y otros lugares pios, donde se reverencia el culto divino. No digo yo, hermanos, que vosotros lo hagais desta manera; pero poned la mano en vuestro pecho, y mirad si os toca; y advertid que hay muchos que con poco temor de Dios, movidos desta ociosa y mala vida, pudiendo trabajar en otras cosas, se hacen llagas fingidas, y comen cosas que les hacen daño á la salud, para andar descoloridos y mover á la piedad que no se les debe; fingiendo otras maneras é invenciones para este efecto, y haciéndose mudos y ciegos no lo siendo, y torciendo á sus hijos piés ó manos, y cegándoles, que son cosas dignas de llorar y aun de remediar; y debria su Majestad y sus ministros

mirar en daño que tanto va acudiendo en nuestra España; y á la verdad se ha entendido que en Madrid y en otras partes se ha empezado á poner remedio; y ha ordenado su Majestad, como cristianísimo monarca, que se hagan albergues para los pobres mendicantes, porque no vayan perdidos, y se castiguen rigurosamente los que estuvieren sanos y no quieran trabajar. Y así, hermanos, pues es cosa que como cristianos la debemos mirar y considerar por el servicio de Dios, y por el castigo temporal y corporal de la justicia que es lo menos, mirad por vosotros, y si acaso valeis para otros ejercicios, dejad este, y no queráis representar á Jesucristo falsamente, que él está disfrazado en el pobre legítimo, pero no en los que usan mal desta representacion. Que aunque es verdad muy averiguada, y la tenemos por fe que Dios sale por fiador de los pobres, diciendo que él toma á su cuenta lo que se hiciera por ellos, y con todo no acudimos á ellos como es razon; pero los que no son pobres no tienen que quejarse desto, ni ponerse en el número: dejen al mundo con su frialdad y poca caridad, que en él á los amigos acatan con el caudal de la cortesía, y les dan de los primeros y mejores manjares, y el mejor ó igual aposento de casa, y les tienen conversacion hasta las medias noches; y á Jesucristo, nuestro señor, que está disfrazado en las viudas alligadas, en las huérfanas arrinconadas, en el enfermo olvidado, en el pobre desnudo, en los hijuelos descalzos y deshambriillos del vecino necesitado, apenas hay quien reconozca, ni quien mire estas personas que le son retrato, siquiera de paso; apenas hay quien tenga memoria siquiera una vez en el mes; apenas hay quien se enferme con el enfermo, tiemble con el desnudo, ni sienta la hambre del deshambriillo. Pero, como digo, á vosotros, hermanos, solo toca el tantear vuestras fuerzas, y si podeis con ellas ganar el sustento, no emplearos por sola ociosidad y pereza en quitar la limosna á los que verdaderamente la merecen. Y perdonadme, hermanos, que os he hecho muy larga amonestacion, y sabed que la razon por que procuro enseñar este camino á los mendicantes y dalles estos documentos, es porque he profesado muchos años esta misma vida con el vicio de ir vagabundo y holgazán; y pienso que en ello he ofendido mucho á Dios nuestro señor, y él por su divina misericordia me tocó y trocó de su mano, y así procuré apartarme en esta soledad á serville: plegue á su Majestad que acierte y á vosotros os encamine.»

Agradecimosle al buen ermitaño los buenos consejos, el cual luego se retiró á su ermita; mas los tres de nosotros estábamos tan estragados y inconsiderados, que nos aprovechamos muy poco dellos, antes el buen micer Morcon, como hombre obstinado, y que habia hecho callos en el oficio, y en el no atender á persuasiones, le hizo sus apodos, y llanamente se burló del, dando razones sofisticas en respuesta del sermón. A mi me movieron tanto las razones perentorias del santo ermitaño, que propuse entre mí de emprender de veras el continuar mis estudios, y elegir camino de virtud y religion. Con este intento, que tomé entonces por resolucion, me escabullí de mis tres compañeros, di la vuelta de Alcalá de Henares, universidad antigua de España, y muy nombrada, acordándome también de que en ella está el cuerpo del glorioso san Diego, de quien yo era muy devoto, y deseaba visitar su sepulcro y capilla.

## CAPITULO V.

En que Guzmán cuenta su camino de Alcalá de Henares, y el asiento que hizo con unos estudiantes para proseguir sus estudios.

Lo que me sucedió en la universidad de Alcalá de Henares, no me da lugar á que por menudo cuente mi viaje hasta llegar á ella, por no detenerme en lo menos importante. Bien es verdad que sentí mucho el largo camino y haber de gastar de mi dinero recogido, por no pedir por

Dios, estando sano; y acordándome de los documentos del ermitaño, no me determinaba á pedir; y así, llegado á Alcalá, que fué mas de mediado setiembre, yo tenia mucho cuidado, por hallarme con poco dinero para ponerme en hábito acomodado de estudiante capigorron, para asentar con algunos que me diesen de comer. Entraba con esta pesadumbre; y porque iba en hábito tan estravagante y diferente de la profesion de letras, llegado á la puerta de Madrid, que vine á entrar por aquella parte, veo llegaban también cinco ó seis estudiantes juntos de la parte de la Mancha, y que salieron á ellos dos clérigos de buen aspecto, y les dijeron: «señores, vuestras mercedes vienen á oír artes, y se han de servir de venir con nosotros, que tendrán buena posada y regalo.» Quise saber de un buen hombre que allí estaba, qué era la causa que les convidaban de aquella suerte á buena posada, y gente tan de bien, que no parece que hacia oficio de hospedar por precio, cosa que no habia visto en todo el mundo que habia andado. Entendí, que para obtener las cátedras de artes en aquella universidad, que se dan por votos de los estudiantes, es menester tenerlos propicios y sobornales, y que es costumbre antigua hospedar y regalar á los que vienen á oír esta facultad, para que den el voto. Lleguéme á los clérigos, y dijeles si me sabian alguna comodidad para mí, que aunque venia en aquel traje, pero venia á oír artes, y tenia con que repararme de vestido. Pensaron que burlaba dellos, porque tenia mas bocas mi vestido para desacreditar, que yo para persuadir: echábanme por alto, jugándome del vocablo y diciendo, que en Alcalá no se leían las artes que yo habia menester, porque las de allí eran liberales, y yo aun no tenia talle para las mecánicas. Parecióme que convenia deshacer la violenta presuncion del vestido con prueba real y evidente, la cual puede mas; y así, enderezando mis razones en latin á mis clérigos, les dejé muy maravillados de que un mal-trapillo sucio y ahumado supiese tan buen lenguaje retórico; que á la verdad, como aprendí en aquella populosa ciudad de Roma, y de buen maestro, sali razonable discipulo; demás que también supe mucho griego, que apura mucho y favorece la latinidad. Hicieronme muchas preguntas de mi vida, porque les parecia monstruosidad haber buen latin debajo de andrajos; y visto que realmente llevaba camino lo que yo decia, me hicieron mucho favor, dieron conmigo en la posada, donde tenían los demás, proveyéndome de cama y comida, y ofreciéndome de procurarme asiento con quien me sustentase para proseguir mis estudios.

En la primera cena que comí con los demás estudiantes que estaban en aquel patio, cerca del colegio de Lugo, fué bien menester estar yo previsto en cosas semejantes, para no correrme de la vaya que me dieron; porque al tiempo del sentarnos no habia hombre que me quisiese á su lado, por verme tan deslustrado y mal compuesto: fuime á poner en un banco en harto humilde lugar, y con todo, dos que habia sentados se levantaron, y dijeron: «hombre, vuélvete á la cocina, que después comerás, que el cocinero no ha de comer antes de dar la comida.» Todos se alborotaron, y murmuraban que los que tenían cuento en aquel patio querian poner gente de cocina en votos de cátedras: no podia responder, que no daba lugar el murmurio de tantos mancebitos barbopnientes, y con toda serenidad esperaba mi vez para dar mi descargo. Entró al ruido el pretensor de la cátedra, á cuya costa comiamos todos, y quiso saber qué novedad habia, y aqui fui segunda vez examinado; porque diciéndole todos la causa, y viéndome á mí tan desacreditado de ornamento, dijo: «¿quién ha metido aqui este picaron? los con Dios, hermano, que esto es solo para estudiantes.» Le respondí: «también lo soy yo por gracia de Dios, y daré razon de mí.» Arqueó las cejas y volvió los

ojos á todas partes, para ver qué sentian todos desta maravilla y prodigio. Yo proseguí, viendo que me daban tanta atencion, diciendo: «no hay que maravillarse de sola la falta de vestido, pues pueden vuestras mercedes ver luego en mí si tengo suficiencia para lo que pretendo, que es oír artes. En Roma estudié gramática, griego y retórica; y aunque no soy escelente como Demades ni Demóstenes, y parezco al otro Demóstenes cocinero, que quiso meter su cucharada ante el glorioso san Basilio y el emperador Valente, cuando conferian de la herreja de los arrianos, la cual favorecia el emperador, y porque habló como cocinero, mereció oír del santo doctor Basilio: *Vidimus sine litteris Demosthenem*, aludiendo á la suma elocuencia que el deste nombre habia tenido entre los griegos, y las pocas letras que mostraba este otro Demóstenes. Pero quizá tengo mejores interiores que exteriores, y bajo de mala capa hay latinidad mal acreditada, y los que profesan amor de ciencia no habian de reparar en vestidos: *quia corporis habitum contemnit philosophus*; y las virtudes son las verdaderas ropas que honran y componen, y no este ornato exterior; y así dijo san Efreem: *Dum vestem audis nuptialem, ne de vestimentis quibus induimur id existimes sed de bonis operibus*; y Origenes dijo: *Ornamentum tibi est unaquaque virtus*. Porque á la verdad las vestiduras solo sirven para cubrir la vergonzosa desnudez del hombre; y aunque sirven también para ornato, con que el hombre se compone, honra y atavia; pero con la riqueza y valor destas, dice san Gregorio Nacianceno, caza al hombre su vanidad y estima entre los otros. *Quod si è diverso* (dice Rodiginio) *præveniem nimisque vilem affectaveris vestitum, spectaculo et risui inimicis eris: vel etiam ut extremè pauper, inops, et passim contemptibilis fies*. De la manera que hoy me acontece y es ordinario, que en viendo á un hombre bien vestido, le estimamos por otro del que es; en tal manera, que la azada del labrador, el trinchete del zapatero, la carda del pelaire, y el pujante del herrador, se cubren el dia de hoy con una buena capa, para no ser conocidos de su propio padre, como antiguamente Jacob con las ropas de Esau. Bien podria referir la declaracion que hizo Ciceron de aquel mandato, por el cual se habia ordenado á los senadores tuviesen el hábito, cual convenia á su estado, á su honra y á la potencia de los romanos, para que con aquella gloria de cada particular se descubriese á los naturales y estrangeros la grandeza de su república; pero no es bien alargar en tal ocasion las razones del cocinero, que parecen del villano del Danubio; pues por la mesma razon hallamos que Faraon mandó vestir á José, Asuero á Mardoqueo, Baltasar á Daniel, en atavios rozagantes, para que mejor representasen con aquella pompa la autoridad que les daban de presidentes en sus consejos, y de gobernadores supremos en los estados. Deben, señores, tomar en cerro el dicho del glorioso padre san Jerónimo en el tratado de *vitando suspecto conventu*; que son las vestiduras indicio de lo que hay en el corazon, y demostracion de la honra que tiene cada cual. Y no consideran que esto es argumento, como dice el santo, é indicio que puede ser falaz, pues no es demostracion ni regla cierta; y así concluyo, que estoy aparejado para que vuestras mercedes me examinen y juzguen por las razones verdaderas, y no por presunciones engañosas.»

Todos me escucharon como si hablara un portero ó monstruo; porque en mi boca parecian tanto de mas fundamento las razones, cuanto de quien no se podian esperar; abrazóme el maestro, y pidióme perdon, y dijo, que me queria por hermano y amigo, y que le habia mucho edificado, y procuraria de valerme en todo cuanto pudiese; y los demás se maravillaron de nuevo de que de repente hubiese dado tal razon de mí mismo, y deseaban